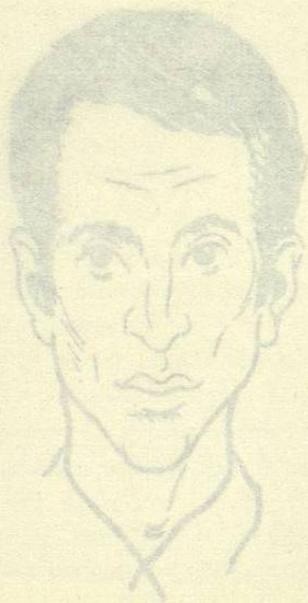




SEBASTIAN



## SEBASTIAN

### I

El pobre de Sebastián llevaba veinte años desempeñando el mismo oficio: peluquero. Aquel hombre no tenía más mérito que el discutible de ser obediente y disciplinado.

El pueblo creciente pronto se convertiría en ciudad y más tarde, con la conjugación milagrosa de los tiempos, en una gran metrópoli. Entre tanto sucedía el inevitable fenómeno, nosotros, pueblo chico, nos veíamos como una gran familia.

Don Sebas, apócope de Sebastián, era convertido en un "Don Cebos", merced a un rápido e intencionado atropellamiento de la vocal a, por la redonda o. El diminutivo apodo se aplicaba limpiamente y con mucha frecuencia sin que se percatara de la ofensa el cándido figaro.

Efectivamente, el inofensivo y buenazo de Sebastián era un pequeño hombrecito esmirriado, flacucho y un mucho deseado. Una curiosa y rara mescolanza de inocencia, dulzura y fetidez de aliento. Lo único que tenía de grande eran los ojos. Unos ojos desmesurados y saltones, tales como si fueran dos rocas viscosas y lagrimeantes, a punto de arrojarse al mar. Ojos que le daban la apariencia permanente de vivir siempre asustado y los cuales, quisiera uno que no, inconscientemente relacionaba o asociaba con la familia de los

batracios. Don Sebas era todo un sapo anémico.

En aquellos felices días de mi infancia, Sebastián vivía en compañía de su hermana Chabelita, Profesora empírica y al decir de mi mamá "una muchacha muy talentosa". En honor a la verdad y a pesar de ser un convencido de todo lo apuntado por mi madre, nunca, por más esfuerzos que hice, encontré más inteligencia en aquella mujer, que la acreditada por mis propios ojos un mediodía de tantos.

Cabe decir que nuestros patios, siempre rebosantes de árboles frutales —granados principalmente— eran solamente separados por una hilera de mezquites que, a guisa de valla culebreaban preciosa y coquetamente por los linderos de ambas propiedades. Así, que para mí y los demás chicos del barrio nos era muy fácil salvar la muralla verde, para encontrarnos sin más ni más en huerto ajeno.

Recordaba que aquel mediodía de plena canícula infernal, mi madre me había hecho el encargo de llevarles, como obsequio de su parte, un plato de higos recién cortados a Chabelita y a Sebas para que les sirvieran de postre después de la comida. Como el camino más corto es el recto, atravesé por la harda de mezquites encontrándome inopinadamente y en cuclillas a la profesora, con sus grandes gafas de carey haciendo equilibrios sobre el descanso relativo de la punta de su afilada nariz. Aquella mujer estaba dedicada en cuerpo, alma, mente y manos a una tarea por demás edificante. Resulta que tendido sobre la banqueta de cemento, un colchón de franjas azules y blancas recibía el cruel y ardoroso impacto de los rayos solares y allí, en franca actitud de alerta, la paciente mentora aguardaba a que salieran de sus escondrijos esos horribles y repugnantes bichos chupadores de la sangre, que conocemos por el nombre de chinches, las cuales en cantidades de espanto, atropelladamente huían de sus escondites buscando con afán desesperado lugares más frescos y confortables, mientras la culta profesora las pillaba entre sus dedos para matarlas una a una, "tronándolas" entre sus uñas sanguinolentas, con un deleite que a mí me pareció morboso.

Al acercarme a la cazadora de chinches, mis pies calzados no pudieron evitar el apachurramiento de varias docenas, que cual nubes rojizas amenazadas por la tempestad, escapaban desesperadamente tratando de fugarse de los dedos homicidas de la profesora.

Al cumplir precipitadamente con mi cometido, Chabelita me dio las gracias por los higos, sin soltar una presa que tenía apretujada entre el índice y el pulgar. Al despedirme del campo de batalla, mis zapatos iban dejando huellas púrpuras sobre el camino.

Por eso, insisto, de que lo mirado por mis ojos en aquel mediodía de Julio, no pudo haber sido el talento ponderado por mi santa madre. Aquella diabólica mujer era una sádica o una bruta..

## II

Era la deliciosa temporada de vacaciones escolares. Bajo el amparo de una robusta mora que nos regalaba sin recato su espléndida sombra, holgazaneábamos todas las tardes los chicos del barrio. Tal cobija protectora quedaba casi a las mismas puertas del "Triunfador", el contradictorio y optimista nombre que ostentaba la peluquería de Sebastián.

Para matar el tiempo se ponían en práctica toda clase de juegos para alejar el aburrimiento. Así, jugábamos a las escondidas, al uno, dos, tres por mí, a la varita escondida, al burro, a los encantados, a las seguidas y a tantos otros pasatiempos que olvida mi frágil memoria, pero que aún me hacen suspirar con nostalgia.

Una tarde de tantas, un "fortingo" de alquiler depositaba su preciosa carga a las puertas de la peluquería; se trataba de don Ramoncito y la ciega; cruel mote con el cual conocíamos a la media costilla del progenitor de Sebastián, la rubicunda Doña Esthercita. Efectivamente, la pobre mujer tenía que soportar sobre sus pies una verdadera montaña de carne ya que estaba gordísima y si a esto le agregamos

que traía unos lentes que parecían “fondo de botella”, pues la pobre podría en mala comparación equipararse, según los términos taurinos, a un “bicho burriciego”.

Sebas ayudó a bajar a su padre del automóvil arcaico y en seguida entre los dos, con la desinteresada ayuda del chofer y la activa participación de nosotros, logramos destaponar el carro que al verse librado de su carga, me pareció escucharle un bufido de agradecimiento. Al sacar a doña Esthercita, Miguel, Salvador y yo, que estábamos parados sobre el estribo contrario haciendo contrapeso, nos sacudimos como resortes. Una vez que desaparecieron por la puerta, soltamos tales carcajadas que del esfuerzo nos dolía después el estómago.

Era un verdadero espectáculo ver a la pobre ballena ciega luchando terriblemente y sudando horrores, para poder apearse del coche.

Puntualmente y cada sábado por la tarde, invariablemente aparecía el destartalado carrito por las puertas del “Triunfador”. Ahora su inopinada presencia me intrigaba, ya que su aparición no era en el día acostumbrado.

Mientras tanto, nosotros seguíamos con nuestros juegos hasta bien caída la tarde. La puerta de la peluquería continuaba cerrada cuando nos marchamos cada quien rumbo a nuestras casas.

Al llegar a mi hogar, nuestra vecina doña Mariquita charlaba con mi madre. Hablaban de la enfermedad de Chabelita y criticaban duramente la conducta de su progenitor. Supe hasta entonces que Sebas y Chabelita habían sido el fruto —¿fruto he dicho?— del primer matrimonio de don Ramoncito y la abnegada, leal y sufrida doña Rebeca, nombre con el cual ahora ya de difunta se le recordaba, quizá respetando su partida sin retorno, pues antes —según apuntaba doña Mariquita— a dicha matrona se le conocía en el poblado con el mote de la Cona, ya que el otrora romántico y enamorado de don Ramón, pregonaba que se iba a casar con la Rebecona, quedándose finalmente con la cola o sea con la Cona, la cual a estas alturas ya había alcanzado fama

de mártir entre todo el vecindario. Al fin y después de hacerla sufrir mucho, la Cona dejó de alentar, quedando los pequeños huerfanitos en las manos del ogro que ya era para mí —después de oír la plática— el papá del cándido Sebastián y la espiritual y ya próximo espíritu verdadero de Chabelita.

A mi estómago de niño, siempre hambriento, no le importó la crueldad de la charla y con deleite recibió las riquísimas “gorditas de harina”, hechas y torteadas en propia mano por mi mamá. Y la noche cayó...

### III

Chaparro, delgado, con grandes y vivaces ojos negros, Enrique era nuestro líder. A él acudíamos todos nosotros y su casa era el centro de reunión de los chicos del barrio. A veces el jardín de su hogar se convertía en campo de épicas batallas y en ocasiones el refugio ideal para la confesión de nuestras cuitas. Allí nuestros primeros amores, purísimos como la luz del cielo, eran comentados a veces con alegría y otras con sarcasmo y burla, pero siempre con la buena fe que parte de la inocencia.

Enrique era el más atrevido de toda la chiquillada. Le gustaba ponernos a prueba y en el juego que le llamábamos “seguideras” había que desplegar toda nuestra agilidad y astucia. Se trataba de ir detrás de él, e imitar todo lo que éste hiciera. El lugar ideal para tan arriesgado pasatiempo, era una casa semi-destruida. Trepábamos por las paredes y luego en lo que existía de techo, haciendo equilibrios saltábamos de una barda a otra; en seguida continuábamos hacia unos enormes nogales para bajar por una de sus ramas hacia un mezquite cercano de allí para caer al suelo. Constantemente Enrique innovaba y no repetía los mismos movimientos, así, en ocasiones, nos hacía saltar una alta verja de fierro, coronada de puntas afiladas, para introducirnos a la casa de los Martínez. Allí teníamos que cuidarnos no sola-

mente de sus desconfiados moradores, sino sobre todo de los dos bravos "bulldogs" que a veces ataban en el patio. Esto último era muy conocido pues apenas el osado Enrique saltaba a tocar tierra del lado ajeno, cuando de inmediato se oían las grandes zancadas y los impresionantes ladridos de aquellas bestias. Rápidamente y con los nervios "de punta" regresábamos como rayos hacia el lado de la calle. Ni hablar que aquel que no "pisó tierra" en el terreno prohibido, era considerado como débil y cobarde. Las burlas y críticas para los miedosos ocupaban nuestras bocas por varios días, dándole su privilegiado lugar a los más valientes y osados. Allí, en esa reja de fierro con el pánico en mis ojos y paralizado de terror, sentí desgarrarse mi pantalón y el doloroso agujoneo de fieros colmillos taladró las carnosidades de mi sentadera izquierda. Gracias a la providencial ayuda de Enrique quien apresuradamente me asió, la cosa no llegó a tener consecuencias más grandes. Sólo Dios sabe lo que me hubiera ocurrido en los hocicos feroces de aquellas bestias enárdecidas.

Sin embargo, hubo un accidente que tuvimos que lamentar. Se trató de un chico nuevo en el barrio a quien llamábamos Mingo. Era más pequeño que nosotros y menos avezado, así que al desplazarse del nogal para caer al mequite, la criatura no calculó bien y cayó al vacío estrellándose en el suelo y perdiendo el conocimiento. Hubo gran consternación y los padres de Salvador lo llevaron con urgencia a la casa del médico. El muchacho iba cubierto con una sábana blanca que me impresionó tanto que yo en mis adentros lo creía muerto. Una pierna quebrada fue el resultado de su primera experiencia y el incidente pasó a la historia.

Otros días organizábamos excursiones y muy temprano por la mañana salíamos de nuestras casas equipados con provisiones en forma de "lonches" y caramayolas conteniendo limonada. A pie, comenzábamos a ascender la imponente e impresionante serranía cercana: un largo y potente brazo de la Sierra Madre Oriental. Alegrementemente, tal y como correspondía a aquella edad dorada, trotábamos por las veredas y aspirábamos con toda la capacidad de nuestros pulmones

el aire vivificante y oxigenado que despedía la frondosa espesura de los pinos perfumados. Las vistas del esplendoroso panorama eran sencillamente maravillosas y cautivadoras. Al llegar a la cima, corríamos por el lomo de la montaña admirando a uno y otro lado el espectáculo más bello que pudiera regalarnos la naturaleza. En el infinito, sobre nuestras cabezas, el cielo irradiaba destellos azulados. Su límpida transparencia era como nuestras almas adolescentes. Allí en aquellas cumbres inolvidables, nosotros, pequeños, chiquillos, nos sentíamos más cerca de Dios...

## IV

Con el trotar de las horas y el galopar de los días, las vacaciones tocaron a su fin y todos volvimos de nuevo a nuestras escuelas.

Allá, tras las tétricas paredes del "Triunfador", lentamente se iba consumiendo Chabelita. Esa era la razón de las continuas visitas de don Ramón y su gorda costilla.

Yo me imaginaba a la profesora muy seria, muy quietecita y orondamente solemne en su lecho de moribunda, mientras un cortejo de chinches desfilaban en marcha triunfal recorriendo con sus patas asquerosas el esquelético cuerpo amarillento.

Como la agonía era muy lenta y el cuerpecito endeble y quebradizo de Chabelita se resistía tesoneramente a abandonar este valle de lágrimas —pero también de risas y encantos— acabó por mudarse definitivamente don Ramón con su cegatona pelota de carne. Por fin acabarían las angustias y los trabajos complicados para el difícil traslado de la voluminosa mole con anteojos. Aquella "fortinguita" no se quejaría más de sufrir tal sobrecarga, ni su dueño de embolsarse los centavos del miserable de don Ramón.

Sebas, hijo bondadosísimo, cedió su cuarto, su cama, su ropero, sus trastos, en una palabra se entregó todo entero a la omnívota, unilateral y ególatra voluntad de su señor

padre. El noble peluquero, hombre maduro y ya encanecido, era un títere en las manos del anciano abusivo. Las bocas, siempre sueltas de nuestros vecinos, contaminadas de sapos y culebras, lanzaban los peores improperios en contra del progenitor tiránico.

Al posesionarse prácticamente de la casa, Don Ramón se instaló cómodamente, mientras que Sebas en su apocamiento y entrega absoluta a los caprichos de su padre, se refugió en el cuartito que servía para arrojar los "triques". Allí, entre todas aquellas cosas que ya no servían para nada y eran recuerdos inútiles, se acomodaba un ser que se asemejaba a los objetos que lo rodeaban, pero que tenía el signo de aquel que dijo: "Bienaventurados los nobles de espíritu, los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos".

En una cajita de madera, color blanca, propia para una señorita, una tarde de invierno se llevaron los hombres de la funeraria los despojos mortales de Chabelita. Tras larga y penosísima incertidumbre del origen y cura de su mal, el organismo, de por sí muy débil, cedió por fin, al paso de la muerte.

Nunca había visto un cadáver ni jamás asistido a un entierro. Aquello fue para mí algo tan vivamente impresionante que nunca he podido olvidarlo. Muchas veces por las noches me despertaba sobresaltado porque en sueños se me aparecía el rostro desencajado, flaco y amarillento de la muerta con los ojos hundidos tendiéndome los brazos.

Recuerdo que pasé largo tiempo contemplando a través del cristal del ataúd la cara de Chabelita con sus dos manitas flacas, blancas y brillantes, aferradas a un crucifijo. Fue una tontería entablar apuestas con los chicos del barrio en el absurdo sentido de ver quién era más hombre y se quedaba con la vista fija en el rostro de la muerta más rato. A veces se me hacía que aquella mujer de pronto abriría los ojos y me castigaría por mi insolencia. No ocurrió así, pero por largo tiempo la imagen de la difunta me persiguió durante mis sueños de adolescente.

Cuando me asomaba a través de la cerca y dirigía mi vista hacia el patio vecino, sentía la presencia de la profesora

ra y me parecía verla con aquel colchón a rayas persiguiendo implacablemente fantasmas imaginarios.

Una figura solitaria, encorvada y triste, cortaba con desgano las granadas que colgaban pendientes de las ramas de su árbol madre. Era Sebas, que ahora, se había hecho más retraído y mucho más distraído. Tal parecía como si su hermana hubiera sido para él más que una compañera, una amiga, una amante, una esposa. Estaba deshecho. Sin embargo, todo parecía continuar en su sitio: la casa, los árboles, las viejas maderas acumuladas en un rincón del patio y hasta aquellas grandes piedras que miraban sin ver y lloraban sin derramar lágrimas...

## V

Muy temprano todos los días recorría el mismo camino para la Escuela. Ocasionalmente me desviaba de rumbo con el solo interés de observar los cambios que la población, en su incesante crecimiento, experimentaba. Aquí y allá nuevas casas; relucientes establecimientos comerciales; calles estrenando su nuevecita pavimentación y los viejos pobladores caminando orgullosamente sobre la tersa lisura que olía a chapopote fresco. No cabía ni la menor duda de que constantemente se operaban progresos inusitados y a la par con ellos, nuevas gentes, nuevos rostros, más prosperidad y también más calamidades.

Puntualmente sonaba la campana y atropelladamente comenzábamos a formar filas los distintos grupos, alineándonos de uno en fondo de acuerdo con las estaturas, del más pequeño al más grande; en seguida la columna se ponía en marcha hacia el salón de clases. Aún, como si lo estuviera viendo, recuerdo aquel vetusto cuarto con sus pupitres amarillos, el mapa de la República Mexicana y al frente, los retratos con marcos viejos y desteñidos de nuestros patriarcas y héroes: Hidalgo, Juárez, Morelos.

Bernardo era el nombre de nuestro Profesor. Mestizo, con marcados rasgos indígenas, su rostro moreno tenía una expresión triste. Nunca, que recuerde, le vi más que un solo traje de color negro, muy brillante a consecuencia, quizás, del uso constante y de las frecuentes planchadas; sin embargo,

siempre se veía pulcro y su voz, esa dulce y maravillosa voz, poseía encanto y hechizo al difundirse por los ámbitos del salón de clase. Era un orador natural, pero sin afectaciones, su expresión era clara, con tonalidades que agradaban y a la vez cautivaban al auditorio. Sus palabras en las explicaciones cotidianas, eran simples y sencillas y a pesar de que nuestro grupo era numeroso, parecía que al hablar se estaba dirigiendo personalmente, individualmente, a cada uno de nosotros. Al recordarlo, siento la mordedura de la ingratitud, por haber olvidado por muchos años a aquel gran modesto hombre.

La hora del recreo era la hora del bullicio, de la algarabía, de las risas, de los juegos, de las travesuras. Los quince minutos pasaban sin sentirlos y de nuevo la campana tañía con lamentos de llamado, convocando el retorno a las clases. Allí quedaron jirones de mi vida. Pedazos tiernos de mi alma de niño.

Por el camino de la Escuela existía un rústico taller de marmolería, instalado bajo un techo de gruesas láminas de cartón, sin paredes y cuyos operarios trabajaban, prácticamente, a la vista de cualquier curioso. Había, diseminados sin orden, varios monumentos de mármol y granito que se vendían para ornamentar las tumbas del cementerio. Me detenía en ocasiones algunos buenos ratos para contemplar a mis anchas, aquellas obras de arte que parecían salir de milagro de las manos maravillosas de aquellos humildes artistas. Así, copias de La Piedad de Miguel Angel; cristos desfallecientes y lánguidos; vírgenes angustiadas, etc., formaban el grueso de las creaciones que salían de la inspiración de los artesanos. Por allí cerca, debajo de una piedra, escondía mi tesoro; era una pequeña cajita de lámina redonda, donde guardaba todo mi capital, unas moneditas de uno, dos y cinco centavos. Para mí era sumamente emocionante salir corriendo de la Escuela para hurgar con ansia debajo del pedruzco y hallar allí, intacto, el importe de mis ahorros. Después, emprendía la carrera empujando, o mejor dicho golpeando una piedrecita con los pies, haciéndola rodar calle arriba, hasta que llegaba a mi casa.

Por lo regular mi madre calculaba mi llegada y salía a la puerta a esperarme con sus amorosos brazos abiertos en cruz. ¡Cómo recuerdo aquella figurita que se recortaba en el marco cenizo! Al evocarla, tiemblan angustiosas mis lágrimas en los ojos empañados. Ella no sólo fue mi madre, sino mi guía, mi baluarte, mi todo. Al nacer yo, único y primogénito hijo, murió mi padre al que sólo conocí en viejas fotografías. Formaba hogar con nosotros, la tía Aurelia, hermana mayor de mi madre y soltera; mujer seca, tajante y reservada, que dejaba entrever en las finas comisuras de sus labios una profunda amargura. Mientras tanto, el tiempo seguía su marcha...

## VI

Los sábados por la tarde invariablemente concurría a la peluquería de Sebastián. Era desde hacía años el lugar predilecto, pues allí nos dábamos cita los muchachos del barrio. Mientras le cortaba el pelo a algún cliente, nosotros nos entreteníamos releyendo las revistas que de viejas se caían a pedazos, o mortificando de cuando en cuando al pobre de Sebas con nuestras bromas.

Amarrado a la pata del sillón de trabajo, tenía un gallo giro que, al provocarlo, saltaba desesperado buscando pelea. Esto ponía fuera de sí al peluquero y su amenaza máxima era indicarnos que si volvíamos a "cocorear" al gallo nos corría y no volveríamos a tener permiso de pasarla allí. Jamás cumplió sus amenazas y siempre retornábamos los sábados por la tarde con nuevos bríos para saciar nuestras travesuras.

De vez en vez, veíamos asomarse la cabeza de don Ramón siempre para ordenarle alguna necedad a Sebas, quien solícito y obediente dejaba a medio pelar al parroquiano para ir en auxilio de lo mandado por su padre. Así, en ocasiones, la extravagante solicitud era que sacara agua fresca de la noria y allá iba el buen hijo a cumplir con la diligencia. Otras veces lo enviaba al comercio cercano para que le trajera cigarrillos y el pobre peluquero se deshacía en excusas con el cliente en turno y echaba a correr para atender el capricho de su padre. Muchas ocasiones nosotros nos ofrecíamos para

aligerarle un poco la carga, pues los sábados principalmente, tenía mucho trabajo y todo el día permanecía parado y terminaba con las manos destrozadas y los pies hinchados. Que supiéramos, él era el único sostén de la casa, pues don Ramón con sus reumas y su consorte siempre sentada a consecuencia de su desproporcionada gordura, no producían nada y sí consumían.

Sebas, sólo tenía una válvula de escape y gozaba al contarnos tres chistes y cuatro adivinanzas, siempre los mismos, con una candorosidad que a nosotros, aún niños, nos conmovía por su simpleza. Al escucharlo, fingíamos sorpresa y luego de vernos unos a otros forzando nuestras risas, terminábamos en verdad a carcajadas. Sebastián se regocijaba y reía con una risa sana, infantil y dale de nuevo a platicarnos el mismo chiste. La adivinanza más colorada y de más impacto era aquella de: "enmedio de dos cerritos salió un torito bramando" al unísono las gargantas se expandían para dar paso al torrente de gritos entrecortados por lágrimas, pues de tanto reír, llorábamos de gozo.

Salvador, irreflexivo y travieso fue el tremendo ocurente que logró clavar en la mitad del inocente y puro corazón de Sebas, el puñal de la pasión. ¿Cómo ocurrió esto? como suelen suceder las grandes cosas, los acontecimientos catastróficos, los temblores, y las tempestades que llegan sin previo aviso.

Una tarde que no había parroquianos, Salvador y Miguel se dieron a la tarea de "muletear" al figaro diciéndole entre otras alabanzas que era el más artista y el mejor peluquero de todo México, que sus manos eran un prodigio cortando cabellos y que las rasuradas dejaban la piel tersa y pulida. Tales vulgares adulaciones eran creídas y devoradas íntegramente por el cerebro de Sebas quien sonreía complacido y convencido. De pronto, el "cabezón" Salvador exclamó ocurente: ¿oiga, don Sebas y por qué no se casa usted con Graciela que lo quiere mucho? —¿qué, quién, Graciela me quiere?— balbuceó pálido y sorprendido el inocente figaro. Claro, a todos nos lo ha dicho y usted ¿por qué no la corresponde? terció osadamente Salvador. Un silencio pro-

longado y luego una voz hueca angustiada, pero visiblemente emocionada, repitió como hablando consigo mismo: —"Graciela, Graciela, me quiere"— y los pomos de perfumes, brillantinas y lavandas que estaba acomodando, con gran estrépito se hicieron añicos en el suelo. Y en el aire quedó flotando un sutil veneno. . .

## VII

El incidente aparentemente inocente y sin consecuencias ya había sido olvidado por nosotros y como siempre el siguiente sábado por la tarde llegamos a nuestro favorito punto de reunión: "El Triunfador". Don Sebas estaba contra costumbre más parlachín y alegre; incluso algo extraño me llamaba poderosamente la atención y no sabía exactamente qué era. Poco a poco me fui dando cuenta que Sebas no era el mismo exteriormente, su negro y sempiterno pantalón, había sido sustituido por uno de color gris claro muy limpiecito y recién planchado. La camisa siempre adornada con unas costras antiguas en el cuello, era ahora alba e inmaculada, su rostro tenía también un algo distinto y su mirada antes preñada de temores y timideces lucía más viva; sus ojos estaban alegres y perspicaces denotando una inteligencia reveladora. En una palabra don Sebastián era o parecía otra persona; nunca lo vi tan feliz como entonces. Al repetimos por milésima ocasión la adivinanza de "agua pasa por mi casa, cate cate de mi corazón" parecía que el alma se le quería salir por la boca al pronunciar la palabra corazón. ¿El motivo? ¿cuál era la causa de cambio tan marcado en una persona austera, triste y simple? De súbito, se me heló la sangre al recordar las últimas palabras del sábado anterior, las cuales retumbaron como un eco en la cabeza: ¡"Graciela, Graciela me quiere!". ¿Qué acaso el pobre viejo había creído de veras lo que sin pensar dijera el atolondrado Salvador? Mis dudas pronto se disiparon al hacerme una discreta seña para que lo siguiera, poniendo de pretexto ante los demás muchachos que me iba a hacer un encargo. Traspusimos la puerta de la peluquería que daba acceso al corredor y nos encaminamos hacia el fondo, al humilde cuartucho que